

PRINCIPIO Y FUNDAMENTO IV [23]

Cuarta Parte: Fin de nuestra vida - Dios

2026

Meditación (día 7)

INTRODUCCIÓN

A lo largo de estos Ejercicios Espirituales, vamos a tener en consideración muchos aspectos de nuestra vida cotidiana y también de nuestro trato con Dios y, en particular, hemos comenzado meditando el principio y fundamento de nuestra vida.

San Ignacio dice, en ese número de los Ejercicios al que ya hemos aludido:

[23] El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima; ...

Hemos visto de este modo que fuimos creados por amor y para amar. También nuestra relación con nuestros prójimos ha de ser una relación de amor. E, inmediatamente después, dice San Ignacio:

[23] ... y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado.

Es decir, las cosas no tienen el mismo valor que las personas, sino que son medios, herramientas, de las que nos podemos servir para cumplir nuestra misión, que es amar a Dios, que es llegar al Cielo, que es alcanzar definitivamente la gloria.

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Petición:

Transformar nuestras quejas en agradecimiento. Entender la fuerza de estas verdades.

PUNTOS

Por eso veíamos, justo ahora, que hemos de escoger aquellos medios más adecuados para nuestro fin, y hemos de desechar, rechazar, aquellas cosas que nos perjudican la misión con la que hemos venido al mundo, la tarea que tenemos cada uno que realizar.

«TODO CONCURRE PARA NUESTRO BIEN».

Pero, ¿y qué ocurre con aquellas otras cosas que hay en nuestra vida y que nosotros no podemos escoger si queremos mantener o queremos quitar? Es decir, hay muchas realidades, en la vida de cada uno de nosotros, que ninguno de nosotros hemos escogido, hemos elegido, y que sin embargo nos han sido dadas.

Por ejemplo, has nacido en una familia muy concreta que tú no elegiste y has nacido en un tiempo determinado y has nacido en una nación y en una cultura que tampoco tú decidiste que fuera la tuya, sino que te tocó. Has tenido una infancia, tienes ahora un estado de salud o de falta de salud que no son el fruto de tu elección, de tu decisión. ¿Qué ocurre con todo eso? ¿Por qué permite Dios las circunstancias de nuestra vida? ¿Son simplemente fruto del azar o de la casualidad? ¿Nos han tocado porque no quedaba más remedio y nos tenemos que fastidiar? ¿O realmente en las circunstancias de nuestra vida hay como un mensaje de Dios para nosotros? Sobre eso podríamos reflexionar ahora en este momento de los Ejercicios, y sobre la significación o la importancia de las circunstancias en nuestra vida y de cómo hemos de aceptar estas circunstancias.

San Pablo, en la carta a los Romanos (**Rm 8, 28**), dice literalmente esto: *Para los que aman a Dios, todo les sirve para el bien*. Y con esto él da a entender que no sólo las cosas que podemos elegir, los medios más adecuados para nuestro fin, sino también esas otras realidades que nos han tocado, que no hemos escogido pero que Dios ha permitido en nuestra vida, **no son casualidad, sino que Dios las permite con algún motivo**, por alguna causa. De manera que un cristiano tiene que aprender a aceptar sus circunstancias y a entender que cuando **Dios las permitió fue para su bien**. Esta Meditación podría ayudarnos, y así se lo vamos a pedir a Dios, a reconciliarnos con nuestra propia historia, en el fondo a aceptar nuestra vida tal como ha sido y tal como es.

Todavía recuerdo unos Ejercicios Espirituales en los que un joven venía a decirme que después de haber hecho propósito, hace ya unos años, de ir a Misa a diario, también después de haberse propuesto tener un director espiritual y confesar cada semana, y después de haber fijado en su horario que iba a hacer todos los días media hora de oración y también iba a rezar el Rosario, ahora en estos Ejercicios él quería comprometerse a hacer, no recuerdo qué sacrificio, si quitarse para todo el dulce o no volver a comer carne nunca más en su vida. Como yo conocía la historia de este joven, se me ocurrió preguntarle: «Y no te parecería que a lo mejor sería un mejor propósito de estos Ejercicios, que hicieras las paces con tus padres? _a los que hacía tiempo que no hablaba_ y él me dijo: «Eso es un sacrificio demasiado grave para mí, demasiado gordo; yo con eso no puedo».

¿Por qué le preguntaba yo esto a este chico? Por una razón muy sencilla y es porque a veces nos sucede, como a él, que pensamos que crecer espiritualmente consiste sólo en añadir cosas a nuestro calendario, añadir cosas a nuestro horario, exigiéndonos o sacrificándonos más en cosas que nos gustan o que queremos sacrificar, y, en cambio, a veces **el propósito que a Dios le gustaría que nos hiciéramos es simplemente que aceptemos, que toleremos cosas que no nos gustan**, pero que fue Él quien las puso en nuestra vida y las puso para que las aceptáramos y para que las encajáramos con confianza en Él.

Aceptar a tu marido o a tu mujer como es, aceptar a tus padres como son, aceptar tu propia falta de salud que te obliga todos los días a tomar no sé cuántas pastillas, o aceptar ese barrio en el que vives y del que no te puedes marchar pero con el que llevas enfadado no sé cuánto tiempo porque no te gusta, o aceptar a tu jefe en el trabajo, o aceptar que tenemos que ir a clase todos los días cuando somos niños o cuando somos jóvenes; puede ser un sacrificio igual de valioso, o más, que el que se compromete a hacer no sé qué historias, o que el que renuncia a no sé qué otra cosa a la que a lo mejor no tendría que renunciar. Así que, **reconciliarnos con nuestra propia historia, a esto también nos enseña el Principio y Fundamento.**

San Ignacio dice: [23] *las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre*; o, dicho de otra manera, no hay nada en tu vida ni tampoco en tu historia que haya sido casual, que haya sido fruto del azar, sino que **todo lo ha permitido Dios para tu bien.** A veces no tenemos que añadirnos cosas al calendario, sino simplemente aceptar lo que Dios ha permitido en nuestra vida.

QUEJAS O AGRADECIMIENTO.

Hay personas que llevan en el corazón como una amargura, o como un resentimiento, porque no aceptan la vida que les ha tocado vivir y en el fondo sueñan con otra vida y piensan: «Si yo pudiera volver a nacer, no me casaría con esta mujer, o con este hombre, porque ha sido todo el origen de mis desgracias»; o: «Si yo pudiera volver a empezar, no cometería aquel error que cometí cuando tenía 19 años». Y en el fondo viven toda la vida como lamentándose de que las cosas no fueron como ahora les gustaría que hubieran sido, que su vida no ha sido como a ellos les hubiera gustado que fuera.

Fijaos, ¡esto es impresionante! El no aceptar la realidad es como tener una albóndiga que uno se ha tragado pero que se le quedó atragantada en la garganta y, entonces, pues le hace ya vivir incómodo, le hace no poder hablar con facilidad; en el fondo, le hace vivir triste.

El Principio y Fundamento nos anima a reconciliarnos con nuestra propia realidad y a aceptar con paz, con serenidad, con confianza en Dios, todo lo que Dios ha permitido que nos sucediera. En el fondo de lo que se trataría es de que Dios nos dé la gracia, y así se lo pedimos, de **transformar nuestras quejas en agradecimiento.**

Una persona muy llena de Dios no necesariamente es una persona que cada año se impone nuevos sacrificios, pero sí necesariamente es una persona que no vive ni en el resentimiento ni en el rencor, sino que vive habitualmente con paz y con alegría. Es una persona que confía en que Dios, con Su Providencia, nos da en cada momento lo que más nos conviene. **Transformar las quejas en gratitud es en el fondo no amargarnos la vida, sino aprender a decirle al Señor: «Mejor así. ¡Gracias!»; aprender a decirle al Señor: «¡Confío en Ti!».**

Esto que os digo no lo he leído en ningún libro, sino que a mí mismo me ha sucedido. Con apenas 14 años tuve una leucemia, un cáncer de sangre, que me impidió seguir asistiendo a clase durante un curso entero y lo pasé mal; como os podéis imaginar, fue un año muy complicado. Pero después con el paso del tiempo me he ido dando cuenta de que fue el origen de muchos dones y gracias de Dios, y que en el fondo Dios, como decimos

en España, «no da puntada sin hilo», sino que todo lo que permite, todo, es para nuestro bien.

Cuando era joven recuerdo que, en una ocasión, a un sacerdote le pregunté en un campamento: «¿Qué son las cruces de la vida? Porque usted nos ha hablado de que tenemos que amar la cruz, de que la cruz es camino de salvación; pero, ¿yo cómo sé cuáles son las cruces de mi vida?» Y este sacerdote de una manera muy sencilla me dijo: «Es muy fácil: las cruces de la vida son todo lo que tú quitarías de tu vida si pudieras hacerlo; las cruces de la vida son todo lo que no te gusta de ti mismo, de los demás, o de la vida que te ha tocado vivir, lo que rechazas de tu propia historia, de tu familia, de un error que cometiste, de un complejo de inferioridad que tienes. Las cruces de la vida son lo que en el fondo te parece que te sobra; y amar la cruz significa aceptar que hay cosas en mi vida que no puedo cambiar y que, puesto que no las puedo cambiar, no pasa nada, las tengo que aceptar».

Que nadie piense que esto es un cierto fatalismo y que estoy animándoos a que no queramos cambiar nada en el mundo, sino que nos mantengamos satisfechos con la realidad tal como es. No he dicho eso. Efectivamente hay muchas cosas en la vida que pueden y deben cambiar; de modo que, si un día te duele la cabeza, no tienes por qué decir: «Me voy a aguantar»; sino que te puedes tomar una aspirina; y que, si tienes un presidente de tu comunidad de vecinos, o un presidente del gobierno, que resulta que no está haciendo las cosas bien y ha caído en la corrupción o miente habitualmente, estás en tu perfecto derecho de no volverle a votar nunca más, y de desear y procurar que cambie cuanto antes. Así que no es fatalismo, no es pensar que vivimos en el mejor de los mundos posibles y que no haya nada que cambiar, es simplemente aceptar que hay cosas que no se pueden cambiar y que hay cosas que sí que hemos de aceptar con serenidad, con paz y con confianza.

¿Te hubiera gustado vivir en otro siglo? Ya, pero estás aquí. ¿Te hubiera gustado nacer en otro país? Pues es posible, pero naciste donde naciste. Y, ¿te hubiera gustado, a lo mejor, tener una mejor condición física, o tener una salud que no falla cada dos por tres, o tener una familia donde todos fueran católicos practicantes y además valoraran mucho tu fe? Pues sí, pero la familia que tienes es la que tienes. Hemos de aceptar aquello que no podemos cambiar y aceptarlo con fe pensando que, si Dios permitió esto en mi vida, por algún motivo será, por alguna razón que desconozco; de modo que, en lugar de quejarme, voy a tratar de descubrir qué es lo que tengo que aportar en este mundo para que este mundo mejore, y también cómo tengo que vivir esas cosas que no puedo cambiar.

Entre los sacerdotes esto a veces nos sucede también. Nos hicimos, cada uno de nosotros, cuando éramos jóvenes, una idea del santo que queríamos ser, y algunos a lo mejor entraron al Seminario soñando con vivir una vida retirada y les enviaron, cuando ya les ordenaron sacerdotes, a una ciudad muy populosa y con mucho ruido. Otros quizá soñaban con ser apóstoles de la juventud cuando entraron al Seminario, y al hacerles sacerdotes, los han enviado a una residencia de ancianos, o a un convento de clausura, donde son todas muy mayores, de capellanes a un Monasterio. Otros también se ilusionaron, cuando pensaron en su sacerdocio, con una tarea intelectual, y la vida ya no les

ha permitido volver a estudiar nunca más, los destinaron de capellanes a un hospital que les absorbe mucho.

O quizá uno se empeña, y esto ya no entre los sacerdotes sino también entre los laicos y en todas las vocaciones, en ser un santo que Dios no ha querido que fueras. Por ejemplo, uno quiere ser atleta olímpico, pero resulta que tiene una patología en sus articulaciones; pues no luches contra lo que en realidad es algo, en tu situación, invencible y piensa que seguramente es que Dios tiene otros planes para ti.

Cuando las cosas que tú te has propuesto, cuando los planes que tú has soñado realizar, no han podido materializarse, y no por culpa tuya sino porque Dios no lo ha permitido porque no ha sido posible, ese es el **momento de aceptar las circunstancias y de recordar esto que decía san Ignacio: [23] y las otras cosas sobre la faz de la tierra**; es decir, el sitio donde estás, la salud que tienes, la familia que te ha tocado, también algunos defectos congénitos que no puedes cambiar, todas las cosas sobre la faz de la tierra han sido creadas para el hombre y para ayudarnos a conseguir nuestro fin.

Hoy le podríamos pedir a Dios: «Señor, ayúdame a ser el santo que Tú quisiste que fuera y no el que yo me he empeñado en ser; ayúdame a aceptar la vida tal como es y no como a mí me hubiera gustado que fuera».

En la vida de los Santos hay muchos ejemplos a este respecto, que ilustran lo que os estoy diciendo. Seguramente conocéis a San Rafael Arnaiz, este joven madrileño que estudió arquitectura, que fue llamado por el Señor a la Trapa, pero a quien el Señor permitió, en una época en la que no había tratamientos tan buenos como los de ahora, tener una diabetes que le obligó a salir de la Trapa de San Isidro de Dueñas en varias ocasiones. Y él podría haberse quejado en su interior y haber pensado: «Señor, si me llamas a ser trapense, porque no me quitas la diabetes; y si me mantienes con diabetes, porque me sigues llamando a ser trapense». En el fondo pudo parecerle que Dios le pedía la cuadratura del círculo, algo imposible; pero no, es que Dios le quiso hacer un trapense especial, un trapense enfermo que tuvo que entrar y salir del Monasterio varias veces, que tuvo que sufrir una guerra como tantos antepasados nuestros. En el fondo Dios le quiso hacer un santo único; no el que él había soñado ser, sino el que Dios había pensado.

O recordad por ejemplo a San Ignacio de Loyola cuyo sueño, tras su conversión, era ir a Palestina, a Tierra Santa, para predicar allí en una tierra de paganos y para dar su vida martirialmente por Jesucristo; pero Dios no lo permitió. En su primer viaje a Tierra Santa fue expulsado de allí, porque el custodio franciscano quería evitar el riesgo de que murieran cristianos por la persecución de los musulmanes; y cuando lo intentó por segunda vez, ya con sus compañeros de París -San Francisco Javier, Laínez, Salmerón, Simón Rodríguez, Fabro- les fue imposible, no hubo barcos desde Venecia que los llevarán a Tierra Santa durante un año entero. Así que San Ignacio al final se resigna a aceptar que Dios le quiere llevar por otro camino, que no es que a él le falte tesón, voluntad o perseverancia o esfuerzo, sino que era Dios quien quería hacer de él un santo distinto al que él había imaginado.

Esto mismo nos sucede un poco a todos. Hemos de dejarle al Señor **que sea Él quien lleve las riendas de nuestra vida** y ponernos, en el coche de nuestra vida, de copilotos,

entendiendo que el que lleva el volante es Él, que **a nosotros lo que nos toca es hacer Su Voluntad**; pero que con mucha frecuencia los acontecimientos terminan dirigiendo nuestra vida por una dirección que nunca hubiéramos imaginado, que nunca hubiéramos soñado que nos iba a suceder.

San Pedro, en su Primera Carta, **(1Pe 5, 7)**, les dice a los cristianos: *confiad vuestras preocupaciones al Señor, pues Él cuida de vosotros*. Con esto nos anima a que, naturalmente, las cosas que nos cuestan, que no nos gustan, que nos hacen sufrir, se las presentemos al Señor y, con mucha frecuencia, Él viene en nuestro socorro y cambian esas circunstancias. Pero puede ocurrir que tú le presentes al Señor algo que desees que cambie y que, sin embargo, el Señor parezca decirte, con los acontecimientos que ocurren, que has de aceptar la vida tal como es y que es mejor no vivir revelándote contra la realidad.

San Alfonso María de Ligorio tiene un libro precioso a este propósito que se llama así «La conformidad con la voluntad de Dios»; y también de Caussade tiene otro que se llama «El abandono a la Divina Providencia».

ACEPTAR CON AMOR.

En el fondo, cuando suceden cosas que no nos gustan, no nos apetecen, que preferiríamos que fueran de otra manera, creo que podemos actuar de tres modos distintos y que San Ignacio nos propone sólo uno de los tres.

- * El primer modo como podemos reaccionar ante las cosas que nos cuestan, no nos gustan, en el fondo nos hacen sufrir, ese primer modo es **la rebelión**. Son las personas que por dentro están llenas de rencor, no aceptan lo que les ha tocado vivir y entonces andan echándole la culpa de su amargura o a los demás o al mismo Dios. Personas que se lamentan de su suerte, personas que viven como enrabiadas porque lo que les ha tocado vivir no es lo que ellos querían. A veces también miran a su izquierda y a su derecha soñando en tener la vida que tuvo este o que tuvo aquella, y viven como con envidia y con resentimiento.

Esta es una primera manera de reaccionar ante lo que no nos gusta, y es una manera triste de reaccionar en la vida, sobre todo porque no conduce a nada más que a sufrir y a penar, y no conduce a nada más que a la amargura interior, a que tú por dentro te amargues la vida y seguramente se la amargues a los que tienes cerca.

- * La segunda manera de reaccionar que puede parecer cristiana, pero que no lo es, es **la resignación**. Y, ¿qué es la resignación? La resignación consiste en pensar: «¿Qué se le va a hacer? Esto es lo que me ha tocado y ha sido una fatalidad; pero no se puede hacer nada». Luego, lo que hemos de hacer es aguantarnos y mantenernos como en una tenue tristeza el resto de nuestra vida.

A eso, hay personas que le llaman resignación cristiana, pero creo que de cristiana no tiene nada. Los Santos no han vivido así, como resignados, con una cierta pena, con un cierto dolor que se mantiene en el tiempo. Los Santos no han vivido pensando: «Bueno; no me quedó más remedio, me tuve que aguantar. En el fondo esto es lo que me tocó,

menuda faena; pero no me quiero revelar contra Dios». No; esa no es la actitud propia de los Santos.

Y, ¿cuál es entonces la actitud propia de los Santos?

- * Es la tercera, a la que podríamos llamar la **aceptación amorosa**. Son las personas que piensan: «A ver. De todo esto que no me gusta, ¿hay algo que pueda cambiar? ¡Sí!, pues lo voy a intentar. Lo haré con todas mis fuerzas. Voy a intentar mejorar esta situación en mi empresa; hacer que este asunto en mi matrimonio o en mi familia trate de transformarse a mejor; voy a tratar de corregir todo lo que en mí mismo hay que no está bien, pero que tengo margen de mejora y lo puedo lograr, con la gracia de Dios y quizá con ayuda de otras personas. ¡Voy a intentar mejorar todo lo que pueda! Ahora bien, lo que no pueda, lo acepto con amor y le digo al Señor: “Mira, esto que no puedo cambiar, Señor, te lo confío a Ti, y sé que Tú me ayudarás a sobrellevarlo, y a sobrellevarlo con paz y con alegría, a sobrellevarlo con deportividad”».

Esto es la **aceptación amorosa**, es **transformar las quejas en gratitud**, es tratar de pensar: ¿Por qué motivo Dios permite esto? ¿Para qué Dios, en mi vida, ha consentido que ocurriera esto otro? Voy a tratar de sacar lo que de positivo puede tener cada persona, cada circunstancia, cada momento de mi historia; incluso cada cosa que no he entendido y que me ha tocado aceptar. Esa actitud de aceptación amorosa, ese vivir dando gracias a Dios por las cosas, ese decirle al Señor: «Mejor así. Gracias»; a uno le hace vivir contento y tranquilo. Contento, es decir, con alegría; y tranquilo, que quiere decir con paz interior; y **esa sí es la actitud de los Santos**.

Todo en la vida tiene un sentido, un significado. Dios no ha permitido que ocurriera nada en tu vida para fastidiarte o para hacerte daño, sino que hasta las cosas que menos te gustan, hasta las que te han hecho sufrir, hasta esas cosas que te han dejado una huella espantosa y que dices: «¡Yo he sufrido un montón!, ¡más que otras personas!»; también esas Dios las toleró para que pudieras sacar de ellas algo mejor y algo más grande.

Aprendí esto cuando era un chaval. En aquella leucemia, cuando a mi padre _que es un hombre fuerte y un hombre al que no he visto llorar muchas veces_ le pregunté si era grave la situación, me agarró fuerte la mano y me dijo simplemente esto con lágrimas en los ojos: «Dios sabe, hijo. Dios sabe». Con esa expresión tan sencilla me dio a entender que podemos confiar en Dios, que Dios es bueno, que Dios es providente, que nos quiere como un buen padre o una buena madre y que, por consiguiente, lo que no somos capaces de cambiar, Dios lo permite para algo, por algún motivo.

Hay un Santo español del siglo XX, un sacerdote diocesano, que después fue jesuita, el padre Rubio, San José María Rubio, que lo expresó de una manera muy bonita, y con esto concluyo. Le preguntaban en una ocasión si es muy difícil ser santo y él respondió: «Seguramente es más sencillo de lo que parece. Basta con dos cosas: por un lado, **hacer todo lo que Dios quiere**»; es decir, poner en marcha todo lo que Dios nos pide realizar, todo lo que Dios espera de nosotros; y añadió: «y, en segundo lugar, **querer todo lo que**

Dios hace»; es decir, aceptar, y aceptar con confianza todo lo que Dios ha permitido en nuestra vida sabiendo que lo ha permitido, lo ha consentido para nuestro bien.

Fijaos que forma tan bonita y tan positiva de entender la vida. Ser santo no es algo demasiado heroico, reservado para unas pocas personas hechas de otra pasta distinta a la nuestra. Por el Bautismo, Dios ya nos dio la santidad al hacernos hijos Suyos, al regalarnos la filiación divina.

Y ahora, para crecer en esa vida espiritual, para ir logrando con la gracia de Dios la santificación moral, basta con dos cosas: **que hagas todo lo que Dios te pide** y que aceptes, que encajes, que con serenidad termines **aceptando todo lo que el Señor te pide**, con una confianza plena en que Él, que es Providente, que es Padre bueno, lo permite todo para nuestro bien.

Vamos a pedirselo al Señor. Esto tendrá como fruto en ti una gracia preciosa que es vivir siempre tranquilo, vivir siempre contento. Lo que puedas cambiar y mejorar, hazlo; y lo que no, no dejes que te amargue la vida, sino procura encajarlo con serenidad, con confianza en el Señor y pensando: «Por algún motivo permite el Señor esto. Seguro que es para nuestro bien».

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.